



TOMO 1

La Gota Carlota

Conoce el mar

Soy la Gota Carlota. Nací en lo más alto de una montaña y voy camino al sur buscando algo que pueda salvar el agua del mundo. ¿Me acompañas?



Había una montaña tan alta que las
nubes le llegaban apenas a la rodilla.
En lo más alto vivía Nieve Grande, un
glaciar enorme de hielo blanco y azul,
como una cobija gigante sobre la cima.

Nieve Grande había visto pasar siglos enteros. Había visto amaneceres tan bonitos que hasta él se quedaba con la boca abierta.

Pero últimamente estaba triste. Porque cada año era un poquito más chiquito. Y él lo sabía.

Una mañana, un rayito de sol —de esos curiosos que se meten a todos lados— encontró a Nieve Grande dormido y le hizo cosquillas justo en la panza.

Nieve Grande se movió. Y en su borde, una gotita pequeñísima se movió también.

—Carlota —dijo Nieve Grande con esa voz lenta y profunda que tienen las montañas—. Antes de irte, escúchame.

—¿Ves cómo cada año soy más pequeño? ¿Existe algo en el mundo que pueda detenerlo? ¿Algo que mantenga vivos a los ríos, los lagos y los mares cuando todo lo demás falla? Yo no puedo verlo desde aquí. Pero tú sí puedes encontrarlo. Viaja al sur, Carlota. Tráelo de vuelta. Para salvarme.



La gotita se quedó en silencio un momento.

Miró los bordes grises de Nieve Grande. Miró al sur, tan lejos y tan desconocido.

—¿Cómo sabré que lo encontré? —preguntó por fin.

El glaciar sonrió; los glaciares sonríen muy despacio, pero muy bonito.

—Porque te va a calentar por dentro.

La gotita respiró hondo. Se estiró. Y de repente...

¡Plop!



Se desprendió de la montaña y empezó a rodar hacia el sur, un poquito asustada y un poquito emocionada, porque a veces las dos cosas se sienten igual.

Nieve Grande la vio alejarse desde su cima.

Y esperó.

Rodó por piedras, saltó por cascadas
y viajó en nubes hasta que un día el
aire cambió.

Olía a sal. Olía a algo enorme.

La Gota Carlota se asomó despacio, como
cuando abres una puerta sin saber qué
hay detrás.

Y entonces lo vio.

Enorme. Brillante. Moviéndose para todos
lados al mismo tiempo.

Una ola grande la levantó suavemente y
le susurró:

—Bienvenida a Tijuana, gotita.



En la orilla estaba Valeria, una niña con los pies descalzos en la arena mojada y una libreta en la mano.

La Gota Carlota llegó montada en una olita pequeña, justo hasta sus pies.

—Hola —dijo la Gota Carlota—. Vengo de una montaña muy alta y voy al sur buscando algo que caliente por dentro. Algo que pueda salvar a Nieve Grande.

Valeria pensó un momento. Luego señaló hacia la orilla.

—Entonces tienes que conocer a Sandra.



Sandra estaba arrodillada en la arena con unos frasquitos transparentes tan pequeños que cabían en la palma de la mano. No estaba sola. Había más personas con frasquitos a lo largo de la orilla, tan concentradas que parecían estar escuchando el mar.

Cuando Sandra llenó uno con agua del mar, la Gota Carlota se coló adentro de un salto.

“Desde aquí puedo escuchar todo”, pensó.

—¿Qué haces con esos frascos? —preguntó Valeria.

Sandra se agachó hasta quedar a la altura de sus ojos.

—Busco unos bichitos casi invisibles en el agua —explicó—. Si hay muchos, el agua está enferma. Y el agua enferma a los niños que nadan en ella. Por eso hay que conocerla, para saber cuándo está bien y cuándo necesita ayuda.

—¿Y por qué lo haces?

Sandra miró el mar un momento.

—Porque este mar merece que alguien lo conozca de verdad —dijo.

Luego se volvió hacia Valeria.

—¿Quieres conocerlo tú también? Mete la mano. Despacio. Y escucha.

Valeria metió la mano despacio, con los dedos abiertos.

El mar estaba frío. Y vivo. Y se movía todo el tiempo.

Luego sacó la mano y la miró, brillante y mojada.

—*Es diferente*—
murmuró— *cuando lo
conoces de verdad.*



La Gota Carlota se escurrió del frasquito de vuelta al mar y sintió algo tibio por dentro. Como una chispita.

¿Será esto? pensó. ¿Será lo que Nieve Grande me mandó a buscar?

Pero la chispita era pequeña todavía. El tesoro debía estar más al sur.

—¿Vas a encontrarlo? —preguntó Valeria en voz bajita—. Lo que puede salvar a Nieve Grande.

—Voy a intentarlo —dijo la Gota Carlota.

Valeria abrió su libreta y escribió lo que acababa de entender:

Primero, conócela. Luego cuídala. Así es como se quiere al mar.

Y la Gota Carlota se dejó llevar por la corriente, cargando el olor a sal y el frío del mar en los dedos de Valeria, y esa chispita tibia que todavía no sabía cómo llamar.

Más al sur, le habían dicho, había un lugar donde dos mares se abrazan.

Y en ese abrazo, quizás, había algo que todavía no sabía ver.

NOTA

Tijuana Waterkeeper sale cada semana con sus frasquitos a conocer el mar. Porque este mar merece que alguien lo conozca de verdad.

En algún lugar, en lo alto de una montaña, Nieve Grande espera.

¿Y tú? ¿Conoces el agua que vive cerca de ti?